



a l'ombra de l'alzina
a la sombra de la encina
à l'ombre du chêne
all'ombra della quercia
Magdalena Aulina

15/04/2016

Tomás, uno de los Doce, de sobrenombre el Mellizo, no estaba con ellos cuando llegó Jesús. Los otros discípulos le dijeron: «¡Hemos visto al Señor!». Él les respondió: «Si no veo la marca de los clavos en sus manos, si no pongo el dedo en el lugar de los clavos y la mano en su costado, no lo creeré». Ocho días más tarde, estaban de nuevo los discípulos reunidos en la casa, y estaba con ellos Tomás. Entonces apareció Jesús, estando cerradas las puertas, se puso en medio de ellos y les dijo: «¡La paz esté con ustedes!». Luego dijo a Tomás: «Trae aquí tu dedo: aquí están mis manos. Acerca tu mano: Métela en mi costado. En adelante no seas incrédulo, sino hombre de fe». Tomás respondió: «¡Señor mío y Dios mío! Jesús le dijo: «Ahora crees, porque me has visto. ¡Felices los que creen sin haber visto!». (Jn 20, 24-29)

“Tomás, ¿por qué no estabas allí anoche?”. Indudablemente, le preguntarían los otros apóstoles. “¿Dónde has estado? ¿Dónde te has escondido? ¿Sabes lo que te has perdido?”. No querían reprenderle. Querían comunicar también a Tomás la buena noticia. Querían compartir con él la extraordinaria experiencia: “¡Hemos visto al Señor!”. Esperaban de Tomás un grito de alegría y una serie de preguntas. Y, en cambio, salieron de su boca una serie de “condiciones”. Quería ver, tocar, constatar, examinar. Quería pruebas ciertas, concretas. No le bastaba el testimonio de los otros Apóstoles.

Ocho días más tarde llegó también para Tomás la ocasión de ver al Señor. Pero no solo. Incluso para él fue la comunidad el lugar de la visita del Resucitado, el contexto en el que él se reveló para reavivar su fe, el ambiente vital de su intensa y profunda confesión de fe: “¡Señor mío y Dios mío!”. En primer lugar, sin embargo, Jesús tiene que reprenderle, porque Tomás se había cerrado, no había dado crédito al testimonio de los otros Apóstoles, que le habían dicho que habían visto al Señor vivo. Casi había reclamado establecer él las condiciones de la fe. Y ahora Jesús le ofrece una “prueba”, pero le exhorta a que sea creyente. A ser creyente, y a serlo cada vez más.

Por medio de Tomás -y de la comunidad de los Apóstoles- tenemos un maravilloso testimonio de la belleza de seguir a Cristo juntos, y de proclamar juntos: “¡Hemos visto al Señor!”. Y, gracias a Tomás, también tenemos una de las más bellas bienaventuranzas pronunciadas por el Señor: “Bienaventurados los que creen sin haber visto”.

Estamos también nosotros entre “los candidatos a la felicidad”. Nosotros, que no hemos visto. Nosotros que, como Tomás, quisiéramos ver a Jesús: especialmente cuando nos sentimos solos, en la prueba, bajo el peso de las dificultades... Tal vez decimos: “¿Qué bonito que habría sido haber vivido en el tiempo de Jesús: podríamos haberlo visto, haberlo tocado, haberlo escuchado, haber hablado con él...”. O también: “Qué bueno sería si pudiera aparecerse también a nosotros, así como se apareció a María Magdalena, a los Doce, a los discípulos...”.

Eran verdaderamente bienaventurados los que estaban con él. Incluso lo dijo Jesús: “Bienaventurados los ojos que me ven”. Sin embargo, Jesús dijo a Tomás: “¡Bienaventurados los que no han visto y han creído!”. Ciertamente que Jesús pensaba también en nosotros: que no lo podemos

ver con nuestros ojos, pero que podemos verlo con los ojos de la fe. Incluso para los que vivieron en el tiempo de Jesús no les bastaba verlo. Muchos, que lo vieron, no le creyeron. Los ojos del cuerpo veían a un hombre, se necesitan “otros ojos” para reconocerlo como Señor.

Y bien, he aquí la gran verdad: ¡nosotros, hoy, podemos ver y tocar a Jesús! Cuando experimentamos las heridas de la enfermedad, cuando vemos los horrores de masacres inhumanas y de las violencias, y no huimos, sino que vamos a su “encuentro”, animados por la misericordia... entonces vemos a Jesús.

Los primeros cristianos comprendieron bien de dónde nace la fe de la que Jesús hablaba a Tomás: del amor. Creer es descubrir que somos amados por Dios. Es abrir el corazón a la gracia y dejarse invadir por su amor. Es entregarse totalmente, y responder al amor con amor.

La fe nos ayuda a verlo todo con ojos nuevos. La fe nos hace ver los acontecimientos con los ojos de Dios, y nos hace descubrir el plan que él tiene para nosotros, para los otros, para toda la creación. Por la fe conseguimos verlo y sentirlo cerca de nosotros: parte el pan con nosotros y por nosotros, y nos abre el corazón al “bien” y a lo “bueno”. Y, en lo más profundo del alma, podemos escuchar su voz que, con ternura, nos dice: “Benditos, felices vosotros, que creéis sin haber visto”. Si creéis, ¡lograréis “sentirme” y “verme” siempre a vuestro lado!

Entre estos “benditos” está Magdalena Aulina. Ella supo creer sin ver. En la contemplación del costado traspasado de Cristo, del que salió sangre y agua, Magdalena forjó su fe y su caridad. Aprendió a “*entrar en las heridas de los hombres... incluso en las más ocultas, para comprenderlos y aliviarlos con solicitud, con mucho amor, con el “darse - donarse”*”.

Ahora, cercanos a la apertura del Año Centenario (el 14 de mayo de 2016), pidamos a la Sierva de Dios Magdalena Aulina que nos ayude -con su ejemplo de fe, de caridad y de esperanza- a saber reconocer a Jesús, y a tener el valor de seguir su palabra de vida siempre, incluso en la oscuridad de la noche.

